



SIETE
MANERAS
DE ALCANZAR LA
FELICIDAD
SEGÚN LOS
GRIEGOS



DANIEL
TUBAU



Ariel



Ariel

Primera edición: junio de 2025

© Daniel Tubau, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3900-9

Depósito legal: B. 7.403-2025

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con

CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en

el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

<i>Introducción</i>	13
-------------------------------	----

PARTE I EL DEMONIO DE LA FELICIDAD

Un hacha, una espada y un mar de hielo	17
Cómo hablar con los muertos	19
Maneras de ser feliz	21
Vidas de filósofos casi siempre ilustres	24
¿Es la felicidad un invento moderno?	26
El sentido de la vida	28
No todos desean ser felices	30
¿Quién quiere ser feliz?	34
El buen demonio de la felicidad	38

PARTE II SIETE MANERAS DE SER FELIZ SEGÚN LA FILOSOFÍA CLÁSICA

1. Virtud y conocimiento. <i>Sócrates y Platón</i>	43
Sócrates, el feliz discutidor	45
El demonio de Sócrates	47
La felicidad socrática	51

Sócrates en el barco de Ulises	54
Platón, el cisne blanco de la filosofía	58
Platón, a la sombra de Sócrates.	60
El más allá de la felicidad	61
El forastero misterioso	64
Discusión. La virtud	69
 2. Regresar a lo natural. <i>Los cínicos</i>	75
Antístenes contra el placer	77
Diógenes en su tonel	80
La autarquía cínica.	83
Discusión. Convención y libertad	89
 3. La felicidad como plenitud. <i>Aristóteles</i>	95
Las muchas vidas de Aristóteles.	97
El amigo de la verdad	100
Eudemonía aristotélica: pasión y razón	102
El control de las pasiones	106
Discusión. ¿Hay que seguir la naturaleza?	111
 4. Autodominio y aceptación. <i>Los estoicos</i>	117
Los últimos serán los primeros: Zenón y los estoicos.	119
La felicidad estoica.	123
Epicteto, el esclavo feliz.	125
La felicidad depende de uno mismo	127
No eres feliz, aunque lo creas	131
La trágica y feliz vida de Séneca	134
La felicidad y la virtud senequianas	137
Discusión. Lo nuestro y lo ajeno	141
 5. Placeres intensos, placeres moderados. <i>Aristipo y Epicuro</i>	147
Aristipo, un perro regio.	149
El hedonismo sin felicidad	151
El <i>kairós</i> , adaptarse a las circunstancias.	155

El autodomínio cirenaico	159
Aristipo el moderado	161
Pseudo paréntesis acerca de los pseudos	162
La carta de Aristipo a su sucesora	163
Los epicúreos, los otros filósofos del placer	166
La felicidad es el placer	168
El placer es la ausencia de dolor	170
Discusión. Placer y dolor	179
 6. Dudo, luego soy feliz. <i>Los escépticos</i>	185
El eudemónico imperturbable	187
Pirrón, un sabio ignorante y feliz	191
La felicidad del indiferente	193
Arcesilao revoluciona la Academia platónica	198
El giro escéptico	200
Carnéades	202
Discusión. Indiferencia e imperturbabilidad	207
 7. Buen ánimo y curiosidad. <i>Demócrito</i>	211
Vida de Demócrito	213
Aforismos del buen vivir	216
El buenánimo	220
La felicidad de los atomistas	223
Los mejores placeres	224
Escepticismo eudemónico	227
Los peligros de la ambición	229
Discusión. El juego de las palabras de éxito	231

PARTE III

CÓMO ALCANZAR LA FELICIDAD

Teoría y práctica de la felicidad	237
Contradicciones virtuosas	241
¿Son los filósofos los mejores maestros?	244
Síntesis ecléctica de la felicidad	246

La felicidad como una manera de ser	253
Optimismo y pesimismo	255
No hay que convertir una pasión en una obsesión.	258
¿Tiene la vida sentido?	259
Los peligros de la búsqueda del sentido	263
El sentido del sentido	267
<i>Conclusión: La filosofía contra la felicidad</i>	271
<i>Cuadro cronológico</i>	275
<i>Lecturas recomendadas</i>	289
Arcesilao, Carnéades y los escépticos de la Academia	289
Aristipo y los cirenaicos	289
Aristóteles	290
Cínicos	290
Demócrito.	290
Epicuro	290
Platón	291
Sócrates.	291
Pirrón y los pirrónicos	291
<i>Bibliografía</i>	293
<i>Índice de personajes principales</i>	295

UN HACHA, UNA ESPADA Y UN MAR DE HIELO

«No he venido a traer paz, sino la espada», dijo Jesucristo, anunciando la buena nueva de que quienes lo escuchaban ya se podían ir preparando para una polémica tras otra: «Porque he venido a poner en conflicto al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra».¹

En aquel tiempo, la influencia griega en Palestina era intensa, así que no es extraño que también los profetas fueran amantes de la polémica. Aunque no pretendo crear con este libro un conflicto permanente, como el de esa Tierra Santa que a lo largo de los siglos ha sido de todo menos santa, sí quiero recuperar el espíritu discutidor de los griegos.

Franz Kafka dijo a un amigo que «un libro debe ser el hacha para romper el mar helado dentro de nosotros»², y no un caldo caliente en el que confirmar nuestros prejuicios o leer lo que ya sabemos, pero expresado con frases rimbombantes. Es lo mismo que opinaba Nietzsche con su «filosofía a martillazos»: romper lo que es sólido, encontrar lo que no buscábamos, porque, si ya sabíamos que lo íbamos a encontrar, ¿para qué buscarlo?

Goethe también nos advirtió que no debemos ser como los griegos sino ser griegos, así que deberíamos discutir y polemizar como lo hacían ellos. Porque eso es lo que más les gustaba: competir unos con otros, llevarse la contraria, contradecir

cirse. Les gustaba tanto que tenían un término para referirse a los enfrentamientos en cualquier terreno, ya fuera en la política, en el teatro, en el deporte, en la guerra y, por supuesto, en la filosofía. Ese término era «*agón*». Hoy conocemos su derivado «agonía», palabra que podía referirse al esfuerzo extremo de un atleta en los Juegos Olímpicos, pero también al concurso en el que se enfrentaban tres dramaturgos, cada uno con tres dramas y una sátira, o bien cinco comediógrafos, cada uno con una obra. Un jurado compuesto por ciudadanos elegía al vencedor. Además, tanto las tragedias como las comedias incluían *agones* o duelos dialécticos entre los personajes. Muchos de estos combates verbales son verdaderos ejemplos de filosofía moral, como el que en la *Antígona* de Sófocles enfrenta a Antígona, que defiende las leyes no escritas o divinas, y al rey Creonte de Tebas, que defiende las leyes de la ciudad y la autoridad del Estado.

Las escenas agonísticas eran incluso más intensas en la comedia, con ejemplos como el enfrentamiento de Eurípides y Esquilo en el Hades o infierno griego en *Las ranas* de Aristófanes. En ese largo, divertido y al mismo tiempo dramático *agón*, Esquilo defiende al artista que ofrece a los espectadores ejemplos morales idealizados, mientras que Eurípides replica que es mejor representar a hombres y mujeres llenos de defectos, pero más reales.

La idea de competir, discutir y polemizar también está presente en la filosofía. No solo discutían unos filósofos con otros —epicúreos contra estoicos, escépticos contra aristotélicos—, sino que en cada escuela se practicaba el método de enfrentar ideas. En la Academia se empleaba la dialéctica, buscando la verdad a través de preguntas y respuestas, a semejanza del método de Sócrates en los diálogos de Platón. Los lógicos de la escuela de Mégara preferían la erística, una manera de polemizar mucho más extrema, como indica su nombre, pues procede de Eris, la diosa de la discordia. Los escépticos empleaban el método de explicar un argumento hasta el final y después oponerle uno contrario. Nietzsche,

quizá el filósofo más discutidor que haya existido, pensaba que la vida misma es un *agón*, una lucha constante contra el mundo, contra los demás y contra uno mismo.³

CÓMO HABLAR CON LOS MUERTOS

En las últimas décadas, los libros de autoayuda han desbordado los anaqueles de las librerías. Aparte de las razones obvias que pueden explicar su éxito, como las crisis económicas, sociales y emocionales, existe otra razón: las ideas de esos libros no pertenecen a quienes los firman, pero cuentan con la ventaja de que los propietarios no pueden reclamar derechos de autor. Es lo bueno de robar ideas a los muertos, a Buda, Epicteto, Confucio, Marco Aurelio, Lao Tse, Epicuro, Sócrates o Aristóteles.

Los muertos son los protagonistas del libro que estás leyendo, porque yo también me sumo al saqueo de la sabiduría clásica... con la única diferencia de que no escondo los nombres de mis víctimas, que aparecen aquí junto a sus ideas.

No tiene nada de malo aprender de los antiguos, robarles alguna que otra idea. Al fin y al cabo, ya dijo Eurípides que los grandes dramaturgos se alimentaban de las rebanadas del banquete de Homero.⁴ Lo preocupante no es el saqueo intelectual, sino lo que se hace con el botín. Lo lamentable es que las palabras de aquellos pensadores sean reducidas a trivialidades con las que dejar embobados a incautos lectores.

En mi opinión, hay que hacer precisamente lo contrario. Se debe intentar que las viejas ideas vuelvan a la vida, en vez de mostrarlas en pedestales o envueltas en naftalina. Que sugieran más que impongan, que se combinen unas con otras, que conserven su carácter ambiguo y paradójico y que no empujen al lector a repetir una frase brillante sin más, sino a investigar y reflexionar. En fin, que no rebajen la exigencia, sino que la estimulen, y que no hagan creer a los lectores que lograrán todo lo que se propongan con solo

desearlo, sino que les recuerden que conseguirán esto o aquello si ponen a trabajar su inteligencia y su ingenio, si no confían ciegamente en su instinto sino que lo ponen a prueba, y si se dan cuenta de lo fácilmente que nos engañamos a nosotros mismos cuando nos dejamos llevar por intuiciones que coinciden asombrosamente con nuestros prejuicios.

En definitiva, no se trata de proclamar verdades absolutas con sentencias estupendas que lo resuelven todo en un instante, o que dan la falsa sensación de que hemos descubierto cuál es nuestro lugar en la vida y cuál la solución a todos nuestros problemas.

De acuerdo, en este libro también aparecerán algunas de esas frases ingeniosas que abundan en la filosofía clásica, puesto que, al fin y al cabo, aquellos filósofos pretendían deslumbrar con sus libros, que entonces no se llamaban libros de autoayuda sino *ars vivendi* ('arte o técnica de vivir'), *protrepticos* ('exhortación a la filosofía'), *medicina animi* ('medicina del alma') o *consolaciones*.

Ahora bien, cuando recuerde aquí esas frases y esas anécdotas ingeniosas mi primera intención será entenderlas en su pleno sentido. En segundo lugar, intentaré refutarlas. ¿De qué manera? Con los argumentos de sus rivales, o incluso con los míos. Porque lo que hizo grande a la filosofía clásica no fueron las ideas dogmáticas (que también las había), sino el debate constante y las polémicas dialécticas. El combate agonístico.

En definitiva, creo que la mejor manera de enfrentarnos a cualquier dilema filosófico —y excepto los asuntos más técnicos, casi todo es un dilema filosófico— es a través de la discusión y la polémica. Las ideas no se fortalecen repitiéndolas, sino poniéndolas a prueba. Nos lo recuerdan filósofos de la ciencia como Karl Popper: nuestras creencias son más verosímiles o probables cuando sobreviven al intento continuado de refutarlas, no cuando huyen del debate. El verdadero desafío filosófico no consiste en convencer o imponer a los demás nuestras opiniones, sino en descubrir en qué

nos equivocamos. Para lograrlo debemos dialogar, contradecirnos unos a otros e incluso aceptar que nuestros oponentes quizá tengan razón.

MANERAS DE SER FELIZ

Ninguno de ellos coincidía con otro cuando explicaba, sino que todas las doctrinas eran contradictorias y opuestas; y, sin embargo, cada uno intentaba convencerme y ganarme para su propia teoría.⁵

LUCIANO, *Icaromenipo*

La razón de que las maneras de ser feliz sean siete, y no cinco o nueve o cuarenta y siete, es precisamente porque, a partir de las dos premisas iniciales —rechazar las fórmulas mágicas y no esconder las discusiones entre los filósofos—, pensé en las que se consideran las filosofías más importantes de Grecia.

Cuatro de ellas han sobrevivido, aunque de manera distorsionada, para definir un tipo de actitud ante la vida:

Los estoicos, capaces de aguantar cualquier cosa sin quejarse.

Los escépticos, que no creen en nada y lo discuten todo.

Los cínicos, que mienten para obtener ventajas.

Los epicúreos, a los que solo les interesa el placer y la diversión.

Ya habrá tiempo para comprobar la distancia e incluso la contradicción entre estas definiciones y lo que fueron en realidad estas escuelas.

A estas cuatro filosofías he añadido lo que el psiquiatra Neel Burton llamó «la banda de los tres», la increíble sucesión de los tres filósofos más famosos de Occidente: Sócrates, Platón y Aristóteles.⁶

Ahora bien, como los *Diálogos* de Platón tienen casi sin excepción a Sócrates como protagonista, resulta difícil distinguir qué es lo que pensaba Sócrates y qué es lo que pensaba Platón. Por eso, los dos caminan juntos, aunque he intentado distinguir en la medida de lo posible las ideas de uno y de otro.

También he combinado a los pirrónicos (de Pirrón de Elis) y a los académicos (de Arcesilao y Carnéades), dos caras de una misma moneda escéptica.

Y lo mismo he hecho con las filosofías del placer, reuniendo en un mismo capítulo tanto a Epicuro como a Aristipo, el creador del hedonismo cirenaico.

Como séptima filosofía he elegido a Demócrito, el creador del atomismo, pero he centrado mi atención en sus ideas éticas y su visión acerca de la felicidad.

Estas siete propuestas acerca de la felicidad se diferencian en muchas cosas, como aceptar o rechazar el placer, participar o no en la vida de la comunidad, dar importancia o no a las cuestiones materiales y externas, como la salud o la buena suerte. Pero también coinciden en muchas cosas: la imperturbabilidad o ataraxia, la virtud, el papel de la naturaleza, la aplicación de la razón.

Se me dirá: «Entonces sí que existe coincidencia entre los filósofos de la Antigüedad, y además parece que recomiendan esas fórmulas mágicas que acabas de criticar: seguir la naturaleza, practicar la virtud, aplicar la razón, lograr la imperturbabilidad».

Es cierto, puede parecer que existe una amplia unanimidad en asuntos clave, pero se trata de coincidencias solo aparentes, porque, como descubriremos a lo largo del libro, cada escuela, e incluso a veces cada filósofo, define esos términos de diferente manera, dotándolos de sentidos muy diversos.

Así que insisto en que, si queremos entender qué es la felicidad, cómo alcanzarla, si vale la pena buscarla o incluso si tiene sentido preguntarnos por ella, lo peor que podemos

hacer es confiar en que encontraremos una única respuesta que lo solucione todo. Es mucho mejor conocer las diferentes propuestas y examinar los argumentos más sólidos; después, que cada uno juzgue por sí mismo y elija lo que más convincente le parezca. O lo que le permita dormir mejor por las noches.

En este libro los antepasados tienen derecho de réplica y podrán debatir *post mortem* con sus rivales, incluso con sus seguidores, porque lo peor que le suele pasar a un maestro es no tener enemigos sino discípulos. Es cierto que los rivales deforman nuestras ideas para combatirlas, pero los alumnos, pretendiendo conservarlas, casi siempre las convierten en dogmas insufribles. O bien se alejan de nosotros después de haberles dado todo lo que teníamos, como hizo Aristóteles, según Platón: «Me cocea como los potros a su madre».⁷

Así que no se sorprenda el lector si Platón regresa para discutir con el potro Aristóteles, o Sócrates con Epicuro. Quizá descubramos lo más interesante de Aristipo, no al ocuparnos de su filosofía, sino cuando converse cientos de años después con el poeta latino Horacio, que será uno de nuestros invitados romanos. Porque las mejores ideas no solo sobreviven a su tiempo, sino que a veces cobran nueva y mejor vida en manos de quienes se atreven a recuperarlas mucho después.

El filósofo Richard Rorty distingue entre dos formas de interpretar el pensamiento antiguo: la reconstrucción histórica y la reconstrucción racional.⁸ En la primera, debemos intentar explicar lo que pensaba un filósofo, sin añadir nada anacrónico, como conceptos que nadie empleó en su época. En la reconstrucción racional, en cambio, podemos imaginar —con rigor, pero con inevitable fantasía— qué opinaría dicho filósofo si participara en debates que no llegó a conocer.

Los filósofos antiguos, por cierto, casi siempre emplean la segunda estrategia. Pocas veces se preocupan por averiguar si un pensador conocía tal o cual término. Prefieren lanzarse a discutir con sus antepasados como si fueran viejos amigos o enemigos con los que tienen cuentas pendientes.

Lo que les importa no es la fidelidad histórica, sino averiguar quién tiene razón.

Yo haré lo mismo, procurando que el debido respeto a pensadores tan venerables no impida una discusión intensa. Eso sí, al menos intentaré que el lector pueda distinguir entre lo que dijeron los antiguos filósofos, lo que sugiero que pensaban y lo que opino yo mismo.

VIDAS DE FILÓSOFOS CASI SIEMPRE ILUSTRES

Escribí la primera versión de este libro fiándome de la memoria, porque mi intención no era dar a la imprenta un tratado exhaustivo y académico. Preferí soltarme la rienda, como dirían en México, y cabalgar libremente de aquí para allá. Espero que no de manera caótica y confusa, sino con el desorden adecuado a una buena discusión, a un diálogo a través de los siglos.

Eso sí, una vez terminado el libro, he llevado a cabo una intensa revisión para corregir citas erróneas o incluir referencias que permitan a los lectores profundizar en algún asunto o comprobar el rigor de mis citas.

Tampoco he pretendido elaborar un catálogo enciclopédico de todo lo que han dicho los filósofos griegos acerca de la felicidad. Mis ambiciones son más modestas y caprichosas. En estas páginas aparecerán muchos filósofos, pero no todos. De vez en cuando me detendré a contar la vida de un pensador, y en ocasiones ni siquiera su vida, sino tan solo dos o tres anécdotas. Lo hago con una intención expresa: comparar la manera en la que vivieron los filósofos con las ideas que defendieron. Idealmente esa relación debería ser estrecha y tendría que observarse una coherencia extrema, pero todos sabemos que eso no sucede demasiado a menudo.

Demócrito, uno de nuestros protagonistas, decía que un sabio debe lograr que coincidan pensamiento, palabra y acción. Llamaba a eso Tritogenia, en honor de Atenea, la dio-

sa tres veces nacida.⁹ La coherencia, sin embargo, brilla por su ausencia en la mayoría de los filósofos, incluso en los venerados clásicos. Algunos, como el cordobés Séneca, han defendido su hipocresía con admirable honestidad, confesando que no se aplican a sí mismos sus consejos, pero que al menos sí que están seguros de que una persona más sensata o con más voluntad que ellos debería seguirlos.

Recordemos aquello que dice Alcibíades en *El banquete* de Platón. Después de confesar su admiración absoluta hacia Sócrates y sus ideas, admite que, cuando se encuentra cerca de él, está convencido de que debe cambiar su manera de comportarse, pero enseguida añade que en cuanto se aleja ya no es capaz de llevar a la práctica esas ideas.¹⁰

Esto nos revela que conocer la solución a nuestros problemas o el camino hacia una vida feliz no es suficiente: la teoría debe convertirse en práctica.

Hay otra razón por la que merece la pena contar las vidas de los filósofos: a veces iluminan mejor sus ideas que un tratado entero. Algunas anécdotas son ingeniosas, otras sorprendentes, en ocasiones triviales e incluso chuscas, muchas sin duda han sido inventadas. Pero todas son muy reveladoras, porque reflejan la manera de pensar de una escuela o de un pensador, aunque a veces sea para deformarla, como en los espejos cóncavos y convexos del callejón del Gato, que inspiraron a Valle-Inclán el esperpento: distorsionan, pero en esa deformación se revela algo esencial.¹¹

Al ver cómo vivía Aristipo entendemos la lógica de su hedonismo mejor que con cualquier ensayo académico, porque algunas anécdotas son más convincentes que el argumento más elaborado. Diógenes Laercio, en su delicioso libro *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*, intentó elevar la anécdota a categoría. Un propósito que quizá no nos lleve a la verdad, pero sí desde luego al placer, como cuando nos enteramos de la razón por la que el filósofo Metrocles abandonó el Liceo aristotélico. Al escapársele una flatulencia durante unos ejercicios de gimnasia con sus discípulos, se

sintió tan humillado por las burlas que se encerró en su casa y pensó en el suicidio. Por suerte, el cínico Crates lo visitó y logró convencerlo de que aquello era un acto natural, como respirar o toser, y que no debemos avergonzarnos de lo que es parte de la naturaleza humana. Metrocles abandonó entonces el Liceo y sus posesiones y se unió a Crates para vivir en las calles.¹² Esta simpática historia nos muestra lo absurdo de las convenciones sociales mejor que un largo argumento.

Además, las anécdotas, como pequeñas dosis de filosofía entretenida, son en muchos casos el único testimonio que nos queda de debates más arduos que mantuvieron las escuelas rivales.

En definitiva, las anécdotas cumplen el papel de metáforas del pensamiento filosófico. Y la metáfora, como bien dijo Aristóteles, «es el mayor indicio de genio»,¹³ no solo porque crear buenas metáforas es un signo de talento, ya que implica percibir similitudes entre cosas aparentemente distintas, sino porque nos ayudan a transmitir ideas de manera más efectiva y creativa, acercando lo desconocido a lo conocido a través de la analogía. Una idea que coincide con la célebre frase de Anaxágoras: «Lo que aparece es una visión de lo invisible».¹⁴ Las anécdotas de una vida quizá son la apariencia, la imagen visible de una idea de felicidad que casi siempre es más difícil de expresar de manera argumentativa o lógica.

¿ES LA FELICIDAD UN INVENTO MODERNO?

Muchas personas afirman que la felicidad es una invención reciente de los libros de autoayuda. O, en su versión más dulce, de la publicidad de Coca-Cola, que desde el siglo XIX ha promocionado su jarabe burbujeante como el secreto de la felicidad. De ser así, buscar la felicidad sería una obsesión trivial, un capricho consumista, algo que jamás preocupó a griegos y romanos.

Quienes piensan tal cosa se equivocan, por supuesto. La felicidad no solo interesaba a los pensadores de Grecia y

Roma, sino que fue su gran obsesión. Es casi imposible encontrar a un filósofo que no concediera un lugar de privilegio a la búsqueda de la felicidad. La mayoría de las escuelas consideraban que debía ser el objetivo fundamental de la vida.

Ahora bien, aunque casi todos los pensadores clásicos coinciden en su importancia, el problema es que no se ponen de acuerdo en qué significa ni en cómo saber si alguien es feliz, ni en los métodos para alcanzarla.

Si reuniéramos a todos estos filósofos en un congreso acerca de la felicidad, los asistentes saldrían más confundidos que antes de entrar. Se puede comprobar con una rápida muestra de sus definiciones de la felicidad.

Aristóteles nos dice que el bien supremo es la felicidad, «pues la elegimos por ella misma y nunca por otra cosa»; los epicúreos aseguran que «el placer es el principio y el fin de la vida feliz»; los estoicos replican que «vivir de acuerdo con la naturaleza es el sumo bien»; Platón proclama que «la justicia en el alma es la condición para la felicidad»; los cínicos nos advierten de que «la verdadera felicidad consiste en no necesitar nada»; los hedonistas o cirenaicos piensan que «la felicidad consiste en experimentar el mayor placer posible en cada momento», y los escépticos, en fin, que «la felicidad es la serenidad que surge cuando suspendemos el juicio».¹⁵

Al observar esta coincidencia unánime y esta divergencia no menos unánime, está claro que la felicidad era muy importante para la mayoría de los filósofos griegos y que no se trata de un invento moderno ni de una estrategia de *marketing*. Pero también queda claro que si un filósofo nos dice que la felicidad es lo más importante, en realidad no nos está diciendo nada. Como acabamos de comprobar, cada escuela tenía su propia definición, y muchas son completamente opuestas. Seguimos casi cómo estábamos.

Pero detengámonos en ese «casi». Porque algo sí que nos dicen estos filósofos cuando afirman que la felicidad es fundamental.